

Lamenta que vivamos en una “sociedad imitativa” y que los jóvenes estén más pendientes de “clonar los modelos que les llegan del exterior” que de conocer su pro-

prio yo. José Pedro Manglano, sacerdote, doctor en Filosofía y director de la colección Planeta Testimonio, acaba de editar un libro, ‘22 maneras de caerse bien’,

en el que analiza las “fobias sociales” y defiende que la felicidad es, sobre todo, “una cuestión de actitud”. Manglano asegura que “para ser feliz hay que sufrir”, y

critica a los enfermos que solicitan la eutanasia. “Necesitan nuestra ayuda porque padecen una seria patología espiritual”, argumenta

JOSÉ PEDRO MANGLANO

Sacerdote, doctor en Filosofía y escritor

“Es más fácil conquistar la Luna que alcanzar la felicidad”

“Los enfermos que piden la eutanasia padecen una seria patología espiritual que sólo pueden vencer mediante una terapia que los ayude a aceptarse tal y como son”

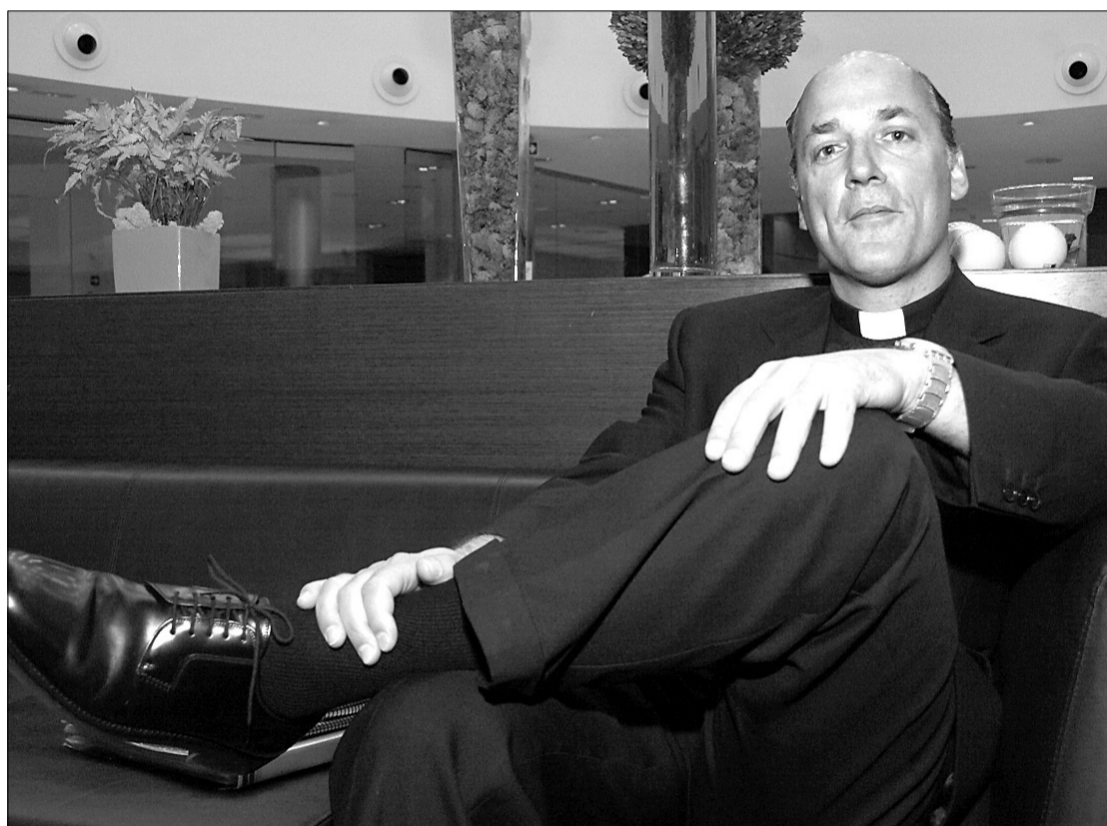
María de la Huerta

A CORUÑA

El V Ciclo de Conferencias sobre la Adolescencia que organizan los colegios Peñarredonda y Montespiño contó esta semana con la participación de José Pedro Manglano, sacerdote, filósofo y director de la colección Planeta Testimonio, quien impartió una charla en la que animó a jóvenes, padres y educadores a “rebelarse contra todos los valores de la cultura moderna que se distancian del bien”. Manglano acaba de editar un curioso libro, *22 maneras de caerse bien* —con ilustraciones de Antonio Mingo—, en el que critica la introversión del ser humano y defiende que la felicidad es, sobre todo, “una cuestión de actitud”.

—Si la dicha sólo depende de la actitud, ¿por qué nos cuesta tanto ser felices?

—En mi libro parto de una tesis inicial, y es que al hombre le resulta mucho más fácil conquistar la Luna que alcanzar la felicidad espiritual. Algo que hasta cierto punto es lógico, dada la inmensidad interior que posee el ser humano. A partir de esa premisa,



José Pedro Manglano, ayer, en A Coruña. / CASTELEIRO

“El documental de James Cameron sobre Jesús es una fábula”

Hace un par de años José Pedro Manglano publicó *El libro de la misa*, un trabajo dirigido “a todas a aquellas personas que se han sentido fascinadas por los supuestos secretos desvelados en *El Código da Vinci*”, en el que a través de personajes como Tolkien, William Wallace o Mafalda defiende que “los signos sagrados no esconden fantasías”.

—Ha declarado que su libro revela “el verdadero secreto del cristianismo”.

—No se trata de revelar, sino de reiterar una afirmación que la Iglesia defiende des-

de el siglo I, y es que el verdadero secreto del cristianismo no se halla oculto en el Vaticano ni está custodiado por un monje albino, como sostienen algunos autores. El verdadero secreto del cristianismo es la Santa Misa, con todos los misterios que encierra.

—¿Qué opina, entonces, de *El Código da Vinci* o de *La tumba perdida de Cristo*, el polémico documental de James Cameron en el que, de nuevo, se sugiere que Jesús podría haber tenido un hijo con María Magdalena, de nombre Judas?

—Entiendo que asistimos al boom de una literatura religiosa que busca elementos trascendentes pero que, desgraciadamente, está desvinculada de la verdad. Esa seudoliteratura se apoya, muchas veces, en los denominados evangelios apócrifos, unos escritos que la Iglesia conoce y que datan de los primeros años del cristianismo, pero que carecen de rigor histórico. El documental de James Cameron es, al igual que *El Código da Vinci*, una fábula que bebe de esas fuentes y que sólo aspira a alimentar el morbo.

—¿Por qué los jóvenes son más vulnerables a todos esas “fobias”?

—Porque vivimos en el seno de una sociedad imitativa. Los jóvenes desconocen los secretos que alberga su interior, y por ello están más pendientes de clonar los modelos y las actitudes que les llegan de fuera. Sufren una gran inseguridad —sobre todo los adolescentes— y se rechazan a sí mismos por no alcanzar, precisamen-

te, ese modelo externo que tanto anhelan. Es entonces cuando surgen los sentimientos de inferioridad, las envidias, los temores y los complejos físicos.

—¿Cómo han de actuar los padres y los educadores para ayudarles a superar esos complejos?

—Enseñándoles a rectificar y a perder el miedo al verdadero conocimiento de uno mismo. Al igual que los ciegos, que se acom-

pañan de un bastón para saber, en cada momento, dónde se encuentran, los jóvenes han de apoyarse en los adultos de su entorno para conocer su propia verdad, y aprender a dominarla. La cultura actual ha querido vendernos la idea de que se puede ser feliz sin el dominio del sí, sin el cansancio que supone el esfuerzo, sin la atención que requieren los compromisos adquiridos, sin el sufrimiento que implica la superación... Lo que

quiero criticar en mi libro es, precisamente, esa falsa creencia. La felicidad es una conquista y, como tal, requiere un gran esfuerzo, sudor y muchas lágrimas.

—Dice que para lograr la felicidad hay que sufrir. Sin embargo hay enfermos que, hartos del sufrimiento físico, hacen un llamamiento a las autoridades para que les permitan poner fin a su existencia. ¿Qué le parece su actitud?

—Sobre este tema hay un libro que es de sumo interés, *La muerte íntima*, de Marie de Hennezel, una persona que desde pequeña estableció una relación muy estrecha con la muerte. Esta mujer, que es agnóstica, fundó un hospital en Francia con la única finalidad de ayudar a enfermos en fase terminal. En el libro relata su experiencia con esos pacientes y llega a la conclusión de que los hombres se mueven por el instinto de la supervivencia. A partir de esa idea, Hennezel considera que las personas que quieren acabar con su vida sufren una seria patología que sólo podrían superar mediante una terapia espiritual que les ayudase a aceptarse tal y como son.

Trabajé con enfermos literalmente destrozados que nunca manifestaron un rechazo a la vida

—¿Comparte usted su opinión?

—Al cien por cien. Las hermanas de Teresa de Calcuta tienen en Madrid un centro de acogida para enfermos de sida. Durante el tiempo que trabajé con ellas fui testigo del sufrimiento de los casi 300 enfermos que allí convivían, muchas veces en situaciones físicas y psicológicas extremas. Algunos estaban literalmente destrozados y, sin embargo, nunca manifestaron un rechazo a la vida. Todo lo contrario. Los enfermos que piden a la Administración que se les aplique la eutanasia necesitan ayuda espiritual. Han de redescubrir sus valores para aceptarse tal y como son y reconciliarse consigo mismo.

La felicidad es una conquista y, como tal, requiere un gran esfuerzo, sudor y muchas lágrimas

propongo hasta 22 maneras para gestionar el yo, liberar su formidable energía y aprender a dominar nuestros impulsos para que no nos esclavicen.

—¿A qué se refiere?

—El hombre tiende a trascenderse en la unión con los demás, a asociar la felicidad con las experiencias que comparte con los otros: en la amistad, en la familia, en el trabajo... Sin embargo, experimenta con frecuencia una “fobia social” que le lleva a aislarse, a desconfiar de los demás, al resentimiento y a la envidia. Sólo cuando logre vencer ese pulso de sentimientos contrapuestos —la necesidad de comunicarse y la introversión— podrá alcanzar la felicidad plena.